

Volumen XIV.—Agosto 1.º de 1919.—Número 137.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRENTA DE SAN BERNARDO
MCMXIX

CONTENIDO

La Virgen María en la literatura castellana....	R. M. CARRASQUILLA
«Foederis Arca».....	ANTONIO OTERO HERRERA
Actos oficiales.—Nuevo Prefecto general.	
Nombramiento de Catedráticos.	
Valiosa donación a nombre de un hijo ilustre.	
Grados en el mes de julio.	
El Congreso Mariano en el Colegio del Rosario	F. Q.
Discurso del colegial presbítero doctor Jenaro Jiménez.	
Discurso del colegial Dr. Eduardo Zuleta Angel.	
Julián Restrepo Hernández.....	JOSE A. MONTALVO
El doctor José Ignacio de Márquez. (Conclusión).....	JUAN A. ZULETA
Instrucción de las clases obreras.....	JOSE TOMAS ESCALLON
Boyacá (en la sesión solemne dedicada por el Colegio del Rosario a festejar el Centenario).	LUIS MARIA MORA
Los tres quejosos.....	HARTZENBUSH

Volumen XIV República de Colombia Número 137

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Agosto 1.º de 1919

LA VIRGEN MARIA

en la literatura castellana

ALOCUCION DE MONSEÑOR RAFAEL MARIA CARRASQUILLA,
EN LA JUNTA EXTRAORDINARIA CELEBRADA POR LA
ACADEMIA COLOMBIANA CON OCASION DEL
CONGRESO MARIANO

Excelentísimos señores:

Señores académicos:

Acostumbrado como estoy, desde hace muchos años, a pregonar las alabanzas de la Reina de los cielos, me bastaría, para el encargo que me ha confiado la Academia, escoger en el desmedrado huerto de mis pláticas religiosas, las flores menos descoloridas y marchitas, tejer con ellas una modesta guirnalda y ponerla a los pies de la madre de Dios y dulcísima madre mía.

He pensado, sin embargo, que se podría, sin apartarse del tema obligado de esta alocución, encontrar alguno que encajase en el carácter de nuestro Instituto, y voy a hablaros brevemente sobre el influjo del amor y la devoción a la Virgen María en la literatura castellana. El asunto, en mejores manos y con mayor espa-

cio de qué disponer, daría materia a larga e interesante disertación académica. Mi erudición es muy limitada y vosotros estáis impacientes por oír el discurso de recepción de un claro poeta y escritor y la respuesta de uno de los maestros de la elocuencia colombiana. Basta, por lo tanto, de preámbulo.

La fecunda nación ya denominada *Hispania* por César y por Marco Tulio, poblada por inmigraciones sucesivas de eúscaros, iberos y celtas, ablandada en costumbres e ilustrada en conocimientos por las colonias griegas de la costa mediterránea, conquistada por cartagineses y romanos, heroica siempre aunque no siempre afortunada al rechazar al invasor extranjero, vivía, en el reinado de Tiberio, como todo el mundo con excepción del pueblo hebreo, esclava de las supersticiones gentílicas.

Aquella buena nueva que nació a orillas del lago de Tiberiades, que se fecundó con la sangre del Calvario y se comprobó con la resurrección de Cristo, llegó a las comarcas iberas llevada por dos de los apóstoles: por Santiago el mayor, conforme a una venerable tradición, y por San Pablo, según él mismo lo anuncia en una de sus cartas y lo refieren como sucedido varios santos padres de la Iglesia primitiva. Vagaba el hijo del Zebedeo, mejor dicho, el hijo del trueno como lo llamó el Salvador, por las márgenes amenas del Ebro, a vecindad de la imperial Cesárea Augusta, cuando se le apareció sobre una columna la Virgen Santa, que aún vivía en carne mortal acá en el mundo, y le ordenó que construyese en aquel mismo lugar un oratorio, a honra de Ella y para dar culto al Redentor. Obedeció el apóstol, y desde aquel recinto, como de un foco potentísimo, irradió la luz de la fe a todos los ámbitos de

Iberia. La Madre de Dios fue, pues, quien comunicó aliento vital a la Iglesia de España, de aquel suelo privilegiado que ya desde entonces merecía el título, que le han dado más tarde, de *tierra de María Santísima*.

Tan eficaz fue el patrocinio de Nuestra Señora del Pilar, que el cristianismo se difundió en la Península hispana con mayor presteza que en otra comarca alguna del mundo entonces conocido. Testificálo así Tertuliano, cuando, enumerando los avances de la nueva religión, escribe que ya la habían recibido muchas partes de Mauritania, diversas naciones de las Galias, y todos los términos de España: *Maurorum multi fines, Hispaniarum omnes termini, Galliarum diversae nationes*.

No importó la mudanza de religión en nuestra madre patria merma, sino nuevo soplo de vida, para las letras y la poesía, ilustradas antes por los dos Sénecas, y Lucano y Marcial. Español fue el papa San Dámaso, que adornó con bellos epitafios, en versos latinos, las tumbas de los mártires; español el gran Prudencio; calificado por un francés, M. Villemain, como el *poeta lírico más inspirado que vio el mundo latino después de Horacio y antes de Dante*. En el poema que el vate tarraconense tituló *Apoteosis*, donde propugna con masculino vigor los dogmas de la fe y golpea y tritura, con ruda elegancia, las herejías de entonces, tiene ocasión de exaltar y defender la maternidad divina de María contra los sabelianos, que no admitían el dogma de la Trinidad; los patripasianos, que atribuían la crucifixión a Dios Padre; los judíos, que negaban el evangelio entero. Preguntaba Prudencio a la segunda de las señas mencionadas:

Ergo Pater passus?...

Ille puellari conceptus sanguine crevit?

Ipsa vercundae distendit virginis alvum?

Cuando, a la caída del imperio, nubes de bárbaros, impulsadas con ímpetu por el soplo de la justicia divina, a modo de langosta que amortigua la luz solar, arropa los campos, tala los bosques, arrasa los sembrados, envolvieron la Europa occidental, segando a flor de tierra la gloriosa civilización latina, invadieron a España los vándalos, solamente de paso; los visigodos, como conquistadores definitivos. Para colmo de infortunio, los nuevos amos no se convirtieron de la grosera idolatría a la fe verdadera, sino a las doctrinas arrianas. ¿Quiénes harían renacer, brotar en tallos cubiertos después de follaje, flores y frutos, las en apariencia secas raíces de la cultura romana? ¿Quiénes le devolverían a España el supremo bien de la unidad católica? Tres egregios hermanos, Leandro, Fulgencio e Isidoro, todos santos, todos obispos, todos doctores, siervos fidelísimos y ardientes ensalzadores de María. San Isidoro, el más universal de los escritores de su siglo, es el verdadero fundador de la civilización española y el que echó los primeros cimientos de la ciencia del lenguaje. Mejor todavía mereció de la literatura mariana San Ildefonso de Toledo con su áureo tratado *De Virginitate Sanctae Mariae*, premiado por la divina Señora, que se presentó en cuerpo y alma al pío y sabio escritor y le obsequió con una veste sagrada, tejida en los talleres invisibles donde se fabrican las azucenas del campo. Este episodio quedó inmortalizado en uno de los más famosos lienzos de Murillo.

La conquista de Europa occidental por los bárbaros trajo consigo el feudalismo. Injusto sería condenar en bloque, con el criterio de hoy, aquel régimen, único posible en las circunstancias de entonces. Pero fue duro régimen el que convirtió la guerra en estado crónico social; la fuerza, en fundamento del derecho; la

rapaña, en título de propiedad. No todo, sin embargo, era oscuro: como en el primer día de la creación, andaban revueltas las tinieblas con la luz, hasta que Dios las dividió. Cerca al castillo roquero desde donde el señor de horca y cuchillo, como ave de presa, se descolgaba al frente de sus mesnadas, se asentaba el monasterio, dedicado a la Virgen, tranquilo refugio de las ciencias y las letras, en cuyos umbrales hallaban los miserables siervos consolaciones y auxilios abundantes. Aquel ciclo, nueve veces secular, edad intermedia entre dos civilizaciones portentosas, fundó las célebres universidades, no igualadas en los tiempos posteriores; creó la filosofía más vasta, y profunda, y luminosa y armónica que haya conocido el humano entendimiento; e inventó la arquitectura ojival, que quitó su peso a la piedra, le infundió vida y le puso alas para remontarse a las alturas,

Uno de los elementos que dulcificaban las instituciones y costumbres de aquella edad de hierro era el respeto, antes desconocido, casi diría el culto que se tributaba a la mujer. Aquel homenaje de la fuerza a la debilidad, pleitesía de la grandeza militar a las virtudes domésticas, se fundaba en que cada caballero reconocía en su madre y en su prometida, en su esposa y sus hijas, vivas imágenes de la vencedora del infierno. Hago hincapié en esta circunstancia, porque es una de las claves para entender la literatura española, en la épica y la lírica, la comedia y la novela.

De la lengua latina, no la culta de las églogas de Virgilio y de las oraciones de Cicerón, sino de la vulgar y corriente, deformada cada día más en bocas de los godos, entremezclada de voces griegas, vascongadas y germanas, y de vocablos arábigos más tarde,

nació nuestra fléxible y rica, majestuosa y dulce lengua castellana. Tál revienta un manojo de lirios sobre la sepultura de una reina.

Nadie ignora que el más antiguo monumento literario en nuestro idioma es la *Gesta de Mio Cid el Campeador*, escrita por uno o varios autores anónimos, hacia principios del siglo XII; tratada con indulgente desdén por la antipática escuela pseudo-clásica, que le aplicaba las reglas del poema literario; y encumbrada a las estrellas por algunos críticos modernos, hasta el extremo de parangonarla con la Iliada. A la luz de la sabia doctrina literaria de Hegel, el cantar de Mio Cid es una epopeya primitiva, cuya grandeza consiste en la sencillez y naturalidad, y cuyo arte estriba en la carencia de arte convencional. Como toda epopeya, esta del Cid es profundamente religiosa; sólo que lo sobrenatural consiste menos en la acción externa y milagrosa de la Divinidad, que en la fe profunda y las cristianas virtudes del héroe. Tratándose de un poema español, ya se entiende que en todo él palpita la devoción a nuestra Señora. Vaya un ejemplo:

Valan-me tus virtudes, gloriosa Sancta María.....
Ella me acorra de noch e de día....
Si vos assi lo ficieredes e la ventura me fuere complida,
Mando al vuestro altar buenas donas e ricas.

¡Quién hubiera conocido y tratado al más antiguo poeta cuyo nombre haya llegado hasta nosotros, al sacerdote Gonzalo de Berceo! Vivió en la primera mitad del siglo XIII, y fue clérigo honesto y letrado, como decían entonces, pero candoroso y campechano, que entretenía sus horas de ocio escribiendo, sobre asuntos religiosos, largos poemas,

En romanz que lo pueda saber toda la gent,
es decir, en lengua castellana.

Tres de las obras del excelente eclesiástico logroñés están exclusivamente destinadas, una a *Los loores*, otra a *Los miráculos*, como él decía, *de Nuestra Señora*, y la tercera al *duelo de la Virgen el día de la pasión de su Hijo*. Dejadme citar la conocida paráfrasis de la antífona *Succurre miseris*, no como muestra del pensamiento y estilo del autor, sino como invocación a mi Madre del cielo, en esta solemnidad dispuesta en alabanza suya; de suerte que la débil voz de un oscuro sacerdote americano se úna al robusto acento de un preclaro sacerdote español de siete siglos antes, para implorar el auxilio de María:

Acorri a los vivos, ruega por los pasados,
Conforta los enfermos, converti los errados,
Conseja los mezquinos, visita los cuitados,
Conserva los pacíficos, reforma los irados.

Esfuerza a los flacos, defiendi los valientes,
Alivia los andantes, levanta los yacientes,
Sostén a los estantes, despierta los dormientes,
Ordena en cada uno las mannas convenientes.

Madre, merced te pido por mis atenedores,
Ruégote por mis amigos que siempre los mejores,
Recibe en tu encomienda parientes e sennores,
En ti nos entregamos todos los pecadores.

Aun merced te pido por el tu trovador,
Qui este romance fizo, fue su entendedor,
Seas contra tu Fijo por elli rogador,
Recabdali limosna en cas del Criador.

Esta sería la sazón de andár el camino que lleva de los cantares de gesta al *Romancero*, expresión la más rica, original y castiza de la épica popular, y pasar en revista los poetas, desde los restantes del *mester de clerecía* hasta Boscán y Garcilaso. ¡Y qué de riquezas hay allí sobre la Virgen! ¡Qué de tiernas y encen-

didias laudes a María! En esa peregrinación, tropezaría, al llegar al siglo XIV, con el arcipreste de Hita y su célebre *Libro del buen amor*. Unánime es el homenaje que se tributa a esa obra, por su estupendo mérito literario; pero al juzgarla en el aspecto moral, discrepan hondamente los pareceres, y mientras unos críticos la censuran con severidad, otros no sólo la disculpan, sino la justifican y aplauden. Me arrimo más al primer dictamen que al segundo; pero lo que interesa a mi propósito es recordar que el arcipreste, cualquiera que fuese su conducta, conservó el tesoro de la fe, y entreveró en el poema unas cantigas, de veras primorosas, a los *Gozos de Sancta María*. La segunda principia así:

Virgen, del cielo Reyna
E del mundo melesina,
Quiérasme oyr muy dina
Que de tus gozos ayna
Escriva yo prosa dina
Por te servir.

Decir t' he tu alegría,
Rrogándote todavía,
Yo pecador,
Que a la grand culpa mía
Non pares mientes, María,
Mas al loor.

Todo aquel período anteclásico de las letras españolas coincidió con la guerra de reconquista, con aquella legendaria pugna entre la media luna y la cruz, que principió el día en que Pelayo alzó la bandera de María Santísima en la cueva de Covadonga, y terminó en el golfo de Lepanto, el día que don Juan de Austria enarboló el estandarte de Nuestra Señora en el mástil de su capitana.

A semejanza del hombre que, navegando solo en una lancha por un río de apacible corriente, se halla de súbito desembocado en las anchurosas y revueltas llanuras del mar, me siento sorprendido y temeroso al verme en presencia del renacimiento clásico, del siglo de oro de la literatura castellana, con razón tanto mayor cuanto aquella edad coincidió, como casi siempre sucede en casos semejantes, con las mayores glorias nacionales en la política y en la guerra; y sólo me anima a proseguir la máxima de San Agustín, que es mejor saber y decir poco de lo grande que mucho de lo secundario y pequeño.

El ciclo de que voy a hablaros empieza por la unidad española, bajo el cetro de los Reyes Católicos y a raíz de la toma de Granada, y se inaugura con la introducción de la imprenta a la Península y con el descubrimiento de Colón, que le dio a la monarquía un imperio que dominar por trescientos años, y a la lengua de Castilla un mundo donde dilatarse y resplandecer por largos siglos.

Cosa llana es que, tratándose de las glorias de María, hay que buscarlas de preferencia en la literatura religiosa. Menéndez y Pelayo distingue la didáctica cristiana, destinada a enseñar y defender los dogmas de la fe, de la ascética, que limpia el alma de los abrojos y espinas del pecado, la riega y fecunda con lágrimas de arrepentimiento, y siembra y cultiva en ella las virtudes; y forma especie aparte con la mística, elevación del espíritu, que tiene por punto de arranque la fe; por motor, la caridad; por alas, la contemplación; por término terreno una suerte de visión intuitiva,

Fragancia de la flor del paraíso,
Preludio del concierto celestial.

Sobre la mística hablé largamente la primera vez que me cupo la honra de sentarme en medio de vos-

otros, y no tengo voluntad de repetirme. Sólo tornaré a decir que, por el número y calidad de sus escritores religiosos, España aventaja a casi todas las naciones modernas. Los ascéticos castellanos son legión, y legión de titanes: Juan de Avila, Rivadeneira, Malón de Chalde, Sigüenza, Estella, Zárate, Alonso Rodríguez, La Puente, Nierenberg y tantos otros. En ellos, cualquiera que sea el asunto de sus obras, el nombre de María aparece a cada paso, ilumina el pensamiento, abraza los afectos, del propio modo que el sol invade todos los aposentos de un palacio, y los alumbraba y calienta.

De aquella falange de portentosos autores la posteridad ha concedido la jefatura a los dos Luises. Habéis leído y releído, señores académicos, el sermón del de Granada sobre la Asunción de Nuestra Señora, en el que supo arrancarle al idioma acentos tan variados, armoniosos y rotundos, que a penas en las oraciones de Cicerón se hallarán otros que los igualen o superen. El de León, además de las alabanzas que tributó, en sus obras en prosa, a María Santísima, le consagró la balsámica oda que empieza

Virgen que el sol más pura;

entre las poesías de Fray Luis la más suya, porque es en la que menos se siente la poderosa influencia de Horacio. ¿Quién no advierte que los dos príncipes de la mística, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, fueron hijos y reformadores de la orden de Nuestra Señora del Carmen?

Son dueñas las letras españolas de un género exclusivamente propio que, a par del Romancero, es lo más original y castizo que poseen. Esta poesía deliciosa de que voy a hablaros es mezcla nunca vista de lo sagrado y lo profano; porque versa sobre asuntos religiosos y aun teológicos, pero es, por su forma,

hermana mayor de la comedia. Representábase, por la fiesta de Corpus, ora en la nave de las augustas catedrales, ante el Santísimo Sacramento patente en la custodia, ora en calles y plazas entre las alborotadas muchedumbres. Ya entendéis que estoy tratando de los autos sacramentales.

Historiadores y críticos extranjeros no se pueden conformar con estas obras. Me lo explico. Difícil parece, no teniendo uno sangre española, gustar de aquella peregrina mescolanza, en que alternan el donaire familiar y el cuento picaresco con las más encumbradas exposiciones escolásticas y las elaciones místicas más delicadas y sutiles; de aquel escenario en que aparecen, como personajes vivos y parlantes los ángeles buenos y malos, las virtudes y el pecado, las ciencias y la filosofía, y alternando familiarmente con estos entes inmateriales, figuran reyes y pastores, rústicos y sabios, caballeros y villanos. El pueblo seguía con interés aquellas disquisiciones de la más sabia teología, cazaba al vuelo las alusiones a los libros sagrados y penetraba sin esfuerzo en el simbolismo de la acción. La plebe española de aquel tiempo no sabía leer ni escribir, pero sabía oír y entender.

Nadie ignora que aquellos dramas *sui generis* no fueron compuestos sólo por autores de secundario talento, sino principalmente por los ingenios soberanos de Tirso, Lope y Calderón. Voy a citar un pasaje del auto de Lope titulado *El nombre de Jesús*, como muestra de la parte que se otorgaba a la Virgen al representar la vida de su Hijo:

ESPOSA—Fue para Eva el dragón
Nuncio de dolor un día,
Y para esta santa unión
Un angel trajo a María
Tan dulce salutación.

Fue el desposorio dichoso
 Y concepción milagrosa
 Por modo tan misterioso,
 Que fue la oveja la esposa
 Y la palabra el esposo,
 ¡Oh Virgen humilde, en vos
 De tal manera los dos
 Se confirmaron allí,
 Que entre dos letras de un *si*
 Cupo un Dios, hijo de Dios!

Si entrásemos ahora al dilatado campo de la lírica, ¡qué tesoro de gemas y perlas el que hallaríamos! Poemas de largo aliento, odas y romances, sonetos y canciones, letrillas y villancicos, todo ello superabunda en la poesía religiosa española. El solo volumen de la *Biblioteca* de Rivadeneira titulado *Cancionero y Roman-cero sagrados* contiene muy cerca de mil composiciones escogidas. Allí, después del Redentor divino, ocupa el puesto de honor su Madre inmaculada.

Percieron las letras castellanas a influjo del culteranismo, y resucitaron al amanecer del siglo XIX, vasallas del clasicismo francés y en manos de grandes escritores y poetas, más o menos preocupados por las negaciones enciclopedistas y volterianas. Con todo, el segundo de los Moratines compuso un cántico a *la Anunciación* y una elegante oda a la Virgen de Lendinara, que es de lo menos yerto de sus versos, de impecable forma literaria.

El romanticismo fue un retorno a las creencias y tradiciones de las edades cristianas, un emanciparse de reglas estrechas y arbitrarias, y para nuestra madre patria, un renacimiento español y católico. Aquella escuela pecó gravemente por difusión y desaliño, atropelló con frecuencia los fueros del buen gusto, hizo olvidar a muchos los eternos modelos griegos y lati-

nos, condujo a no pocos talentos mediocres hasta los linderos de la demencia; pero fue un movimiento vital, generoso e idealista y produjo obras que no pasarán nunca.

Don José Zorrilla, príncipe del romanticismo español, quien exclamaba así:

¡Ven a mis manos, ven, arpa sonora!
 ¡Bája a mi mente, inspiración cristiana,
 Y enciende en mí la forma creadora
 Que del aliento del querub emana!
 ¡Lejos de mí la historia tentadora
 De ajena tierra y religión profana!
 Mi voz, mi corazón, mi fantasía
 Las glorias cantan de la patria mía,

devolvió, en leyendas y romances, al culto y devoción de la Virgen, la importancia poética de otros tiempos y dedicó a la divina Señora una magnífica *Plegaria*. No puedo oír

Apárta de tus ojos la nube perfumada

sin verme niño de siete años recitando los versos del vate español, una noche de mayo, en el oratorio del colegio. El nombre de María fue el primero que pronunciaron en público mis labios; sea el último que mis labios profieran antes de cerrarse para siempre.

Con el ocaso del romanticismo, nació la literatura que podríamos llamar contemporánea. La conozco menos que la antigua, por exigencias de mi temperamento nativo que me hace saborear mejor, en punto de arte, lo viejo que lo nuevo. Terminaré esta parte con una gallarda sextilla de Núñez de Arce:

¡María, que del piélago y del alma
 Las tempestades calma!
 ¡Que recoge en sus brazos y consuela

Al náufrago del mar y de la vida!
 ¡Bálsamo a toda herida!
 ¡Puerto a toda aflicción! *Maris stella!*

La colonización del nuevo mundo no nos trajo de España sólo la estirpe y el idioma, leyes y costumbres, sino la religión verdadera y con ella la devoción a María. No en vano descubrió Colón la isla de Guanahaní el día de Nuestra Señora del Pilar.

María, en el misterio de la Concepción Inmaculada es de siglos atrás, patrona principal de nuestra nación, especialísima de este arzobispado, titular de nuestra primada. Quince de las iglesias o capillas de esta ciudad están dedicadas a la Virgen, bajo advocaciones diversas, algunas netamente bogotanas, como las del Campo, Las Aguas y La Peña. ¿No estáis viendo el férvido entusiasmo de inúmeras muchedumbres, con ocasión del presente Congreso Mariano? ¿Qué otro afecto podría conmover pacíficamente, hasta este grado, la República entera? Colombia, en América, es como España, en Europa, la tierra de María Santísima.

Nuestro desarrollo literario en los tiempos coloniales coincidió con el reinado en la madre patria, primero del más desafortadongongorismo, después del clasicismo petrificado de los Moratines e Iriartes; y no encuentro en todo ello cosa digna de citarse a mi propósito. Recordemos, sin embargo, que nuestro letrado conquistador Jiménez de Quesada escribió una colección de sermones para las fiestas de Nuestra Señora; inclinémonos ante la dulce figura de la monja tunjana, seguidora de las huellas de Santa Teresa, no sólo en lo profundo de la mística y en lo diáfano del estilo, sino en el amor a la Virgen de las vírgenes; y asistamos en espíritu a la creación del colegio de Fray Cristóbal de Torres, donde habían de renacer más tarde las ciencias y las

letras, tocado de eternidad desde que se fundó con el título de Nuestra Señora del Rosario.

La poesía verdadera, la que consta de cuerpo y alma, nació en Nueva Granada con los nombres preclaros de Arboleda, Caro y Ortiz. El último compuso varios cánticos a la Virgen y le consagró una de sus odas altísimas y solemnes. En seguida, Carrasquilla, Vergara y Vergara, Mario Valenzuela, la delicada poetisa Silveria Espinosa de Rendón, y otros que callo, no en menosprecio de su mérito, sino en gracia de la brevedad, imploraron con familiar confianza el amparo de María. Manuel Pombo la acompañó en los dolores del Calvario, Miguel Antonio Caro le ofrendó riquezas de pensamiento y forma, Rafael Pombo ensayó demostrar en sonetos didácticos las prerrogativas de la Madre de Dios, y el autor antioqueño del poema «que con gusto prohiaría Virgilio» (es frase de Rufino José Cuervo) nos habla

De la que siempre, aun en imagen tosca,
 Llena de gracia y de pureza brilla.

Pero los dos poetas marianos por excelencia son Rafael Celedón y Belisario Peña. El primero fue erudito lingüista, heroico misionero de las tribus goagiras y, por final, obispo de Santa Marta. No sólo supo arrancar blandas armonías

Del plectro sabiamente meneado,
 sino también, de la trompa épica, magníficos sonidos. El segundo, ausente siempre de la patria, por la persona aunque no por el afecto, fue poeta de sostenida inspiración e intachable desempeño; teológico, sin arideces científicas; místico grande y sincero, ajeno a las dulzarronas ñoñerías propias de la devoción fingida.

Nuestra nación, desde el principio había aclamado a la Virgen María por soberana suya, y Ella aceptó



oficialmente el trono, el día en que renovó milagrosamente su imagen del Rosario de Chiquinquirá. Ayer no más, todos asistimos a su coronación, celebrada por un pontífice como delegado del Vicario de Cristo, en presencia de inmenso concurso que llenaba no sólo la ancha plaza de la catedral, sino las calles circunvecinas. De todos aquellos pechos brotó un grito unánime de amor y entusiasmo, que llegó al trono del Altísimo y fue repetido por los ángeles del cielo. Atomo perdido en aquella muchedumbre, renové mi vasallaje a la augusta Reina de Colombia y le pedí que siguiera contándome en el número de sus siervos. ¿Siervo no más? No! que también soy hijo suyo, con los títulos de su caridad inagotable, de mi carácter de cristiano y sacerdote y ¿quién lo diría? con el título de mis propias culpas; porque si Ella es alegría de los santos, es también refugio de los pecadores.

